

La calle para el miércoles 29 de julio de 2009
Diario de un espectador
El Ateneo de la Juventud
por miguel ángel granados chapa

En 1959, hace medio siglo, murieron dos de los escritores más logrados en nuestra literatura: José Vasconcelos, que se fue el 30 de junio de ese año, y Alfonso Reyes, que lo hizo en diciembre siguiente. Con ese motivo se les ha recordado por su alta contribución a la cultura mexicana, cada uno en su estilo, fogoso y atrevido el primero, correcto y atildado el segundo. Sus vidas corrieron por carriles muy diferentes, salvo en los tiempos en que, estudiantes universitarios o recién egresados de las aulas de la educación superior coincidieron en su pertenencia al Ateneo de la Juventud.

Se trataba de algo más que una tertulia. Era una suerte de club de conversadores, una sociedad de conferencias, que con las ideas y con la pluma combatían al régimen porfiriano, no obstante que algunos de sus miembros procedían de familias adosadas en algún momento a la voluntad del dictador. Ese era el caso de Alfonso Reyes y Alfonso Cravioto, cuyos padres, generales ambos, habían sido gobernadores de Nuevo León y de Hidalgo, respectivamente.

Ambos Alfonsos, y otros futuros miembros del Ateneo formaron parte de la revista *Savia moderna*, fundada y patrocinada por Cravioto. Susana Quintanilla, doctora en historia por la UNAM, ha escrito un libro sobre esa parvada de jóvenes. Se titula *Nosotros. La juventud en el Ateneo de México*. Y tiene como suibítulo: De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán. De sus primeras líneas tomamos la narración del encuentro entre Reyes y Cravioto:

“En febrero de 1906, durante uno de sus paseos dominicales por la avenida san Francisco y Plateros en pleno centro de la ciudad de México, el joven poeta Alfonso Reyes encontró a un conocido, que lo invitó a visitar el local de una revista que pronto saldría a la luz. Caminaron juntos a la avenida del Cinco de mayo, a unos pasos de distancia, para detenerse frente al edificio de La Palestina, en la calle de Vergara, que se distinguía por su modernidad —había sido construido recientemente— y su altura: cinco pisos. Ascendieron a la última planta del inmueble, á muchos metros de la tierra y sus asperidades’. Entraron al despacho número 32, que era muy pequeño pero a cambio ofrecía una panorámica exquisita: a un lado, la torre de la Catedral; al otro, el verdor de la Alameda.

“Alfonso Reyes se sumó de inmediato a la mesa de redacción de la revista bautizada con el nombre de *Savia Moderna* y no con el de *Savia Nueva*, que también se había pensado para ella. Se imprimió en papel cuché con cubierta de cartulina. La portada del primer número, que comenzó a circular el 31 de marzo de 1906, fue ilustrada con la reproducción fotográfica de un óleo del artista catalán Antonio Fabrés. La imagen, una mujer semidesnuda, calzada con sandalias griegas, que toca el arpa entre dos columnas, evoca a la musa de las artes, voluptuosa, helénica y generosa en carnes. En los números siguientes fue sustituido por la del torso y el rostro de un corredor indio, de perfil,

dibujado al carbón por Diego Rivera. El hombre mira hacia las alturas de una montaña que apenas se insinúa.

“Las autoridades catalogaron a *Savia Moderna* como una publicación de segunda calidad”. Aquí no resistimos la tentación de enmendar la plana a la investigadora, pues el gobierno porfiriano, por más dictatorial que fuera, se abstenía de ejercer criterios sobre la calidad de las publicaciones. En realidad, la oficina de correos había registrado a esa publicación, como a todos los medios impresos que circulaban por las estafetas nacionales, como correspondencia de segunda clase, para diferenciarla de las cartas que pertenecían a la primera clase y de los paquetes que se consideraban en otra parte de la clasificación de las piezas postales.